

Fran Zabaleta

# MEDIEVALARIO

UN BESTIARIO MEDIEVAL



EDICIÓN REVISADA DÉCIMO ANIVERSARIO

  
Los Berros del salvaje

*Medievalario*, un bestiario medieval está formado por tres novelas históricas cortas y un relato final que retratan una Edad Media cruel y despiadada, pero también hermosa y tierna. Cada historia se centra en un orden social: monjes, caballeros, campesinos... y, finalmente, el rey, como símbolo del conjunto de la sociedad.

*De correctione rusticorum* cuenta la historia de Martiño de Braga, uno de los monjes que más hizo en los albores de la Edad Media por imponer el dominio de la iglesia romana frente a herejías y creencias paganas.

*El bando perdedor*, basada en hechos reales, se centra en la figura de Lopo Feixoo de Milmanda, un noble que, harto de malvivir como guarda de mercaderes tras traicionar a los suyos, se dirige a una fortaleza asediada en busca de un nuevo señor al que servir.

*El husmo de la tierra* es la historia del pequeño Roi, un chiquillo campesino que vive en una posada del camino de Santiago, de padre desconocido y tan hermoso que todos le creen hijo del demonio.

*Con los fierros* es el relato de los últimos días del rey García II de Galicia, un desdichado personaje prisionero de su hermano Alfonso VI.

Son novelas de lectura independiente, pero al leerlas en conjunto el libro cobra mayor sentido.

Este es para mis padres,  
que poblaron mi infancia de libros...  
sin sospechar las consecuencias.

## **Nota**

Esta obra está bajo una Licencia-de-Reconocimiento-No-Comercial-Obras-No-Derivadas 3.0 España Creative Commons. Esto significa que eres libre de copiar y distribuir esta obra siempre y cuando cites la fuente, que sea sin ánimo de lucro y que no crees obras derivadas de la misma.

Si has obtenido esta copia de forma gratuita y te ha gustado, considera visitar la web del autor ([www.franzabaleta.com](http://www.franzabaleta.com)) y apoyar su trabajo comprando el libro en versión ebook o papel.

# Nota del autor

## Lo que es de ley...

Ninguna novela es producto en exclusiva de su autor, y en el caso de *Medievalario* esta afirmación es si cabe más exacta por el curioso proceso que la ha llevado finalmente a tus manos. Lo habitual, cuando se pone el punto final, es enviar el texto al editor (o al agente, según el caso) y quedarse tan tranquilo a la espera mientras ellos hacen su trabajo: buscar editor, negociar condiciones, editarlo, revisarlo, maquetarlo, imprimirlo... Un proceso complicado, extenso, pero que en buena medida nos pasa desapercibidos a los autores, salvo alguna revisión ocasional. Son el editor y su equipo quienes se encargan de todo, y aunque haya muchas personas implicadas, estas pocas veces tienen nombre y rostro. Al menos, en su mayor parte.

Pero en este caso ha sido muy diferente. La novela que tienes entre las manos es un experimento, al menos en la forma en que ha sido editada. Como autor, he decidido «asumir el control» de todo el proceso. Yo mismo he encargado y supervisado la edición, la ilustración, la maquetación y la impresión, lo que ha resultado una experiencia fascinante...

... que, de paso, me ha cargado de deudas de gratitud que es preciso cumplimentar. Por eso quiero que quede

constancia de mi admiración y mi amistad por Juan Ignacio Alonso, compañero de fatigas en otros proyectos editoriales, que se brindó generosamente a realizar la revisión de edición del libro... y cuyo trabajo solo puedo aplaudir.

También quiero agradecerle a Francisco Pérez Villanueva su excelente trabajo con las ilustraciones, que (a la vista está) son de una calidad que me hace tragar saliva, no sea el demonio que el lector se sienta desilusionado al no encontrar en el texto el debido equilibrio. Gracias, Quico, por tu paciencia antes mis sugerencias, por tu intuición y tu ánimo siempre dispuesto, gracias por aceptar con entusiasmo mi propuesta y por volcar en ella toda tu creatividad.

No puede faltar en estos agradecimientos Pío García, amigo donde los haya, siempre dispuesto, que soportó durante semanas mis dudas y mis cambios de última hora. A él le debo, entre otras muchas cosas, el *booktrailer* de la novela, la grabación de los audios de promoción y la maquetación del libro. ¡Ahí es nada!

Y Manuel Sánchez, por supuesto, maestro generoso y creativo como pocos, al que tengo la suerte de considerar amigo desde que una ya lejana tarde, allá por el año 2000, coincidimos en las fragas do Eume. Él es quien ha diseñado mi nueva web (¡espectacular web, no me digáis!), quien se ha encargado de los ajustes de la portada y quien no ha dejado de enriquecer esta novela y la web que la acoge con sus acertadas e inteligentes sugerencias.

También Aida Jover, cómo no, amiga desde que ambos éramos unos críos, siempre dispuesta a echar una mano, siempre cercana. Ella es la que me soporta durante la etapa más difícil de cada novela: cuando escribo. Ella es la que lee cada capítulo nada más salir del horno, la que aconseja, sugiere y anima cuando las fuerzas se escapan o cuando empiezo a creer que tanto esfuerzo no merece la

pena (¡y pasa muy a menudo, os lo aseguro!). La mejor crítica que puedo tener, las más incondicional.

Gracias a Elena y a Tere, mis hermanas y también mis críticas, que demuestran su entusiasmo devorando el texto y pidiendo más; y a Lois, compañero y socio en la aventura de Redelibros, cuya capacidad de trabajo y su entrega incondicional conocemos bien cuantos disfrutamos de su amistad. Sus consejos han enriquecido considerablemente el libro que tenéis entre las manos.

Tampoco pueden faltar en la relación Gonzalo y Mariabel, asimismo socios en Redelibros pero, sobre todo, los mejores librereros que nunca conocí, los primeros en animarme a seguir adelante con este proyecto.

A todos vosotros, y a muchos que no nombro pero que también tengo presentes, se debe que *Medievalario*, tras tantas peripecias, esté en las manos del lector.

Os debo mucho.

# Prólogo

Los bestiarios fueron muy populares en la Edad Media. Eran volúmenes ilustrados que describían a los seres vivos, tanto reales como quiméricos. Pero no se limitaban a una simple enumeración de sus características, sino que incluían aspectos simbólicos o alegóricos de las bestias tratadas, con lo que se convertían de alguna forma en la representación física y moral del mundo.

Para la mentalidad medieval, el mundo es la Creación, con mayúscula: responde a una voluntad superior. Cada ser tiene un lugar, cumple una función y posee unas cualidades propias y específicas. Los bestiarios reflejan esta cosmovisión y atribuyen vicios y virtudes a los animales representados. El águila o el león simbolizan la fuerza y la nobleza; la paloma, la espiritualidad; la serpiente, el pecado y el demonio; el conejo, la lujuria; la sirena, mitológica, la seducción; el basilisco, también quimérico, la muerte...

De la misma forma que la naturaleza respondía a una voluntad divina, también la sociedad aparecía estructurada por dios, dividida en tres estamentos claramente separados: *oratores*, *bellatores* y *laboratores*<sup>[1]</sup>, cada uno con virtudes y defectos propios y, sobre todo, con una función característica.

Esta división triestamental pretendía reflejar en la tierra la creencia cristiana en la trinidad divina, que afirma la existencia de un dios que es a la vez uno y triple: un solo



dios con tres manifestaciones: el dios padre, el dios hijo y el dios espíritu santo. También la sociedad (creación divina, al cabo) es una y es trina: tres órdenes que trabajan unidos y que constituyen una sola creación encarnada en el rey.

*Medievalario*, al modo de los bestiarios medievales, busca retratar la sociedad medieval tanto en sus aspectos externos como en la forma de ser y de sentir de los hombres del medievo: sus miedos, sus creencias, sus obsesiones y, en fin, la dura realidad de unos seres que viven todavía dominados por la naturaleza, que dependen de sus ciclos y de la regularidad de las estaciones.

Al igual que los bestiarios retrataban a las bestias más representativas para, a través de ellas, ofrecer una visión completa del mundo, también en *Medievalario* cada historia se centra en un individuo representante de su grupo social y pretende, a través de ellos, dibujar el mundo de la Edad Media.

***De correctione rusticorum*** cuenta la historia de Martiño de Braga, uno de los monjes que más hizo en los albores de la Edad Media por imponer el dominio de la iglesia romana frente a herejías y creencias paganas, un santo riguroso e intransigente, capaz de cualquier sacrificio por su dios.

***El bando perdedor*** se centra en la figura de Lopo Feixoo de Milmanda, un caballero medieval que quiso regirse por los principios de la caballería en un mundo dominado por la violencia y la extorsión del débil.

***El husmo de la tierra***, narra la dura vida del pequeño Roi, un chiquillo campesino que vive en una posada del camino de Santiago, de padre desconocido y tan hermoso que todos le creen hijo del demonio.

Finalmente, **Con los fierros** relata la muerte del último rey de Galicia, García II, encarcelado durante diecisiete años por su hermano Alfonso en el castillo de Luna. El rey es quien da sentido a la sociedad, es la imagen simbólica que representa la unidad de esta sociedad trina. De ahí que sea el rey el que cierra este libro. La elección de entre todos los monarcas posibles de uno encadenado no es fortuita: simboliza esa sociedad también prisionera de sí misma.

*Medievalario* es, como los bestiarios medievales, una amalgama de hechos históricos y ficticios, de realidad e imaginación. Algunos protagonistas son personajes reales, otros son solo producto de mi imaginación. Y como hay tantas historias como historiadores, es muy posible que algunas de las actitudes de los personajes más conocidos resulten sorprendentes al lector.

Si así sucediera, si te resultaran chocantes o atrevidos los retratos de estas «bestias medievales», te ruego que consideres que no son sino eso: simples descripciones de un bestiario medieval. Y que quizá los retratados son tan reales como pudieron serlo el centauro, el grifo o la quimera...

# **De correctione rusticorum**

## I

## Monasterio de Dumio, Braga, reino *suevo*<sup>[2]</sup> de Gallaecia

**T**IENE el cuerpo menguado, consumido por el ayuno y por una vida entera de porfía contra las asechanzas del Diablo. Los miembros frágiles, el rostro de calavera de cuyo mentón cuelgan con desgana de chivo unas pocas hebras grises, las cuencas hundidas a las que asoma la blancura lechosa de sus ojos. Afirma que el Todopoderoso, en su infinita misericordia, le ha bendecido en sus postreros años con el don de la ceguera para evitarle la contemplación de las muchas desdichas que infestan estos tiempos aciagos. Quizá por eso no es consciente del desaliño de sus ropas, un destello de paños y oros que agotan la frágil arquitectura de sus huesos. Pues el abad Martiño, nadie lo duda, es un santo en vida, uno de los Elegidos que se sentarán a la diestra del Señor.

—¡Sois unos engendros malnacidos! ¡Bastardos sin padre!

Se halla de pie en el refectorio, el cuerpo encorvado pero todavía enérgico, con las manos apoyadas sobre la mesa como endebles pajarillos. Su voz es recia, tan desabrida y justiciera que solo puede prestársela el mismo Dios.

—¿De qué tenéis miedo, felones? ¿Cómo osáis desconfiar del Altísimo? —su indignación borbotea como el caldo espeso en el perol, recorre con la mirada ciega los semblantes descompuestos de sus monjes, uno tras otro, fustigándolos con santa furia—. ¿Dónde habéis extraviado vuestra fe?

Solo el silencio culpable le responde: un arrastrar de pies, un susurro de hábitos y miradas humilladas. La comunidad en pleno, puesta en pie tras la larga mesa de tablas, contiene la respiración. La estancia es estrecha y alargada, de paredes de madera y techo de colmo. Las vigas ennegrecidas sirven de sustento a gruesas telarañas y a través de las ventanas se escuchan los gruñidos de los puercos que hozan en el lodo del patio.

—Reverendo padre... —un monje a la diestra del anciano alza medrosa la voz, y con ella una oleada de esperanza recorre el refectorio—, sed comprensivo con nuestra debilidad, las noticias son malas, todos estamos nerviosos...

Los dedos del abad son garfios que tabalean sobre la madera en un gesto inconsciente de impaciencia. Alza la mano derecha, que por un momento se agita en el aire como el corazón estremecido de un gorrión. Mas ese sencillo gesto basta para silenciar al prior.

—¡Sopa! —proclama, severo—. Sopa y oración. ¡Os enseñaré a confiar en Dios!

Un murmullo de consternación sacude el refectorio. Un día más se alimentarán con un agua apenas manchada por unas tristes berzas. Un día más ven sus esperanzas frustradas por el rigor del abad, que el Señor bendiga su nombre.

—¿De qué os quejáis? ¿Acaso no sabéis que la mortificación de vuestros cuerpos pecadores os acerca al Cristo?

En medio de tanta desolación, los siervos comienzan a recoger los panes sabrosos y todavía calientes, las jarras de vino, las fuentes de carne. En su lugar colocan escudi-

llas y cucharas y pronto comienzan a repartir el líquido desazonado. El silencio se hace profundo mientras los cuencos golpean la madera como clavos sobre un ataúd. Los frailes van vencidos sobre sus taburetes como si fueran troncos abatidos por el leñador.

Pero el abad ya no les presta atención. Se encamina hacia la puerta del refectorio, tan seguro de que será obedecido como de que las estaciones se suceden unas a otras. No puede ver las expresiones de sus rostros, cierto, aunque le da lo mismo. Él siempre proclama que el silencio está cuajado de sonidos: leves roces, chasquidos, jadeos y resoplidos que son las luces que alimentan los ojos del alma.

«Basta un oído atento y un espíritu observador para interpretar el silencio», repite con una sonrisa desdentada cada vez que se abren las bocas asombradas de sus frailes por una atinada deducción. Así que, si tal proclama es cierta, es muy probable que perciba cómo por un momento asoma al rostro de los dos o tres más osados un conato de rebelión. Pues a estos se les acelera la respiración, se les tensan los músculos de la espalda y sus labios se abren, a punto de perderse, dejando entrever las masas sonrosadas de sus lenguas.

Mas en el último instante sus miradas se traban con la del abad y en su blancura lechosa pierde ímpetu el demonio que les alienta. Al punto se les quiebran los hombros cual zorras heridas por lance de ballesta en plena carrera. Les vence el miedo, ya que no la vergüenza, y guardan para sí miradas y desafíos en espera de una ocasión mejor.

El abad no se percata. O, si lo hace, no lo demuestra. Da la espalda a los harapos de los frailes y se encamina hacia la puerta. Está a punto de traspasar el dintel cuando se detiene. La comunidad en pleno lo hace también, las respiraciones contenidas, los estómagos atribulados. Martiño se vuelve. Solo un poco, lo justo para que se perciba el albor de sus pupilas ciegas.

–¡Breixo! –ladra–. ¿Dónde está ese *charrán*<sup>[3]</sup>?

Todas las miradas se vuelven hacia un monje de veintitantos años, sorprendido con la escudilla a medio camino de la boca hambrienta. Por un instante se le pinta en el rostro la lucha entre el anhelo del líquido y la urgencia del llamado hasta que, suavemente, cual si renunciara a un precioso manjar, deposita el cuenco sobre la tabla y se levanta.

–Ya voy, reverendo padre. –Y es pura resignación su voz.

Entonces sí, entonces el abad sale al fin de la estancia. Tras él se apresura Breixo, el fraile que le sirve, en estos postreros años, como los ojos y el báculo de su vejez.

–Vamos fuera –ordena el abad cuando el monje le alcanza–. Quiero que me describas lo que ves.

–¿Tras la palizada? Es peligroso, padre...

–¿Tú también, Breixo? ¿Tú también crees que el Buen Dios permitirá que me suceda algo, a mí, el último de sus siervos?

El fraile no responde. Repentinamente avergonzado, se acusa en silencio del pecado de egoísmo. Pues es un hombre honesto y no le duelen prendas en reconocer que no estaba pensando en la seguridad del santo, sino en la suya propia. El abad de seguro escapará de la ira divina, mas, ¿acaso puede esperar que a él, que es un indigno pecador, le suceda lo mismo? Ese pensamiento es una desazón en sus sienes y en su columna vertebral. El cerco enemigo permanece tranquilo a esas horas, pero nunca se está libre de una flecha volandera. Dos labriegos han perecido de ese modo en los últimos días, uno alcanzado en el rostro y el otro en el vientre, y ambos sufrieron espantosos dolores antes de fallecer. Y un tercero ha desaparecido sin dejar rastro, probablemente presa de alguna patrulla goda de exploración.